

## 10 AÑOS DE MÚSICA DE BAILE EN BARCELONA

Por Albert Masferrer\*

Barcelona posee, por tradición, un genuino talante cosmopolita y un apetito cultural que la ha mantenido ligada desde siempre a las principales corrientes culturales europeas. No es de extrañar que haya sido uno de los puntos del país más permeables a lo que se entiende por “cultura de clubs”. Esta expresión, acuñada por la prensa británica, define al movimiento generado a mediados de los 80’s en torno la música de baile, dinamitado por el boom del acid house. Curiosamente, la introducción de tal término en España suscitó una corriente de opinión en contra de sus uso, por considerar estéril el hecho de culturizar algo tan espontáneo y primario como salir a bailar y a divertirse. Por supuesto, los que buscábamos algún sentido más allá de la mera visceralidad nocturna reaccionamos defendiendo la “club culture” como un código estético-musical a la altura de cualquier movimiento de expresión juvenil que se precie. Conflictos aparte y fieles a la máxima de que “aquí todo llega tarde y mal”, la introducción de la citada “cultura de clubs” en España significó una especie de vía crucis que nos mantuvo durante largo tiempo de espaldas a la mayoría de las capitales europeas que, capitaneadas por Londres, enloquecían al son de los nuevos sonidos house. En Barcelona, a finales de los 80’s, tan sólo un par de clubs seminales como el Ars Studio o los afters The Club y Distrito Distinto apostaron por esos nuevos y revolucionarios sonidos que llegaban de USA y de UK, en energéticas sesiones reservadas a un pequeño contingente de clubbers avispados y entusiastas, enfundados en llamativas camisetas con smileys, flares (vaqueros anchísimos) y otros complementos como calzado deportivo, viseras y hasta silbatos con los que jalear las mezclas del DJ. Poco a poco ese reducido grupo de noctámbulos consiguió provocar un tímido cambio en los hábitos nocturnos de la modernidad barcelonesa, que observaba aterrada cómo las pautas de moda del momento iban quedando desfasadas. Tics como la fiebre del “disseny catalá”, el posmodernismo feroz o las llamadas “puertas duras” de locales emblemáticos como el Otto Zutz o el Nick Havanna eran sustituidos por la agitación química importada del Reino Unido vía Ibiza . Era el fin de los 80’s , y la isla balear canalizada la efervescencia de miles de británicos que descubrían, ayudados por el éxtasis, una nueva dimensión lúdica llamada acid house, en templos de hedonismo terminal como Space, Ku o Amnesia .

A partir de esos momentos la historia fue tomando forma España, sobre todo en Barcelona, y si bien la euforia house remitía y se atrincheraba en locales gay, fueron surgiendo otras propuestas importantes como el San Francisco , con su cosmopolitismo multirracial alimentado de hip hop y raggamuffin, los afters killer del Distrito Distinto, las sesiones de alto voltaje del colectivo “Bots” (más tarde “Vots”) en la sala Apolo o el Monumental Club de Ritmo, con su estilo cool y sus míticas sesiones de jazz-dance. Producciones Animadas, la promotora de esta sala, fue pionera en la introducción del flyer como medio de promoción gráfica, llegando a editar un díptico informativo denominado “La Jungla del Ritmo”.

A principios de los ´90 se sentaban las bases de la “escena” que se desarrollaría posteriormente, destacando el reconocimiento otorgado a la figura del DJ y las primeras visitas

de pinchadiscos foráneos, como la de Gilles Peterson, que causó sensación en su primera sesión barcelonesa en el Monumental. Faltaban un par de añitos para que la cosa explotara, con lo que seguía siendo un affair realmente minoritario, underground y alejado de los ojos- y los oídos- de los medios de comunicación y del público masivo.

Con esas coordenadas entra en escena el Sonar. El primer "Festival de Música Avanzada y Arte Multimedia", promovido por Advanced Music, fue crucial para el desarrollo del panorama dance, convirtiéndose en un medio imprescindible para dar salida al trabajo de DJs, músicos y artistas de vanguardia nacionales, así como para importar el talento de Orbital, Daft Punk, Autechere, Jeff Mills, Josh Wink o Roger Sánchez entre muchos otros. El Sonar fue responsable, desde su primera edición el año '94, de prender la mecha de la fiebre techno, que colapsaría Barcelona primero y el resto del país luego, consiguiendo que los medios de comunicación, los órganos institucionales y un público cada vez mayor se percataran de la existencia de estas nuevas corrientes lúdicas. A su vez, el Sonar se reveló como un socorrido medio de legitimación y puesta al día para modernos trasnochados, caraduras e iluminados en general, que veían las puestas del futuro en esta nueva cultura, de la que tan sólo percibían los aspectos externos y más llamativos, aunque para nada fundamentales.

Comienza entonces el reciclaje de clubs, entre los que destaca el Nitsa, uno de los microfenómenos más importantes de la escena barcelonesa. Allí fue donde la parroquia indie, con su forzado look naive- Adidas, clips en el pelo, patas de elefante y sospechosa delgadez-, descubrió los placeres del techno y del house, gracias a las ayudas de ciertas sustancias prohibidas y al carisma sexual de Sideral, su DJ residente. Este club, fundado a finales del '94, ha forjado con los años una de las programaciones más sólidas y eclécticas de todo el país, con un prestigio más allá de individualidades y con visitas semanales de los mejores DJs y grupos del momento.

A partir de aquí todo ha crecido paulatinamente, generando un entramado de clubs, sellos discográficos, festivales y agencias de contratación que ya comienza a situarse a nivel europeo. Nadie puede negarlo, y por mucho que relativicemos las cosas, ha surgido un microcosmos dance que no por pequeño deja de ser interesante. Existe una red de sellos independientes con importantes expectativas de futuro y un potencial tremendo de exportación de sonidos Made in Spain. Hablamos de iniciativas como Minifunk y Cosmos en Barcelona, junto con Boozo, Yo Gano / Tú Pierdes y Evil Tunes en Madrid y Novophonic en San Sebastián, por poner algunos ejemplos de empresas que se han labrado un prestigio desde la más absoluta independencia y ajenas a posibles subvenciones o ayudas externas, consiguiendo una viabilidad económica nada común en un país poco dado a aventuras empresariales de esta naturaleza.

A su vez, ha surgido una ristra de publicaciones más o menos especializadas en el universo club como pueden ser Disco 2000, aB o Self en Barcelona, y Undersounds o Neo2 en Madrid. Otras iniciativas que cabe destacar son las cada vez más habituales promotoras y agencias de contratación, como MurmurtownLaGloria, Producciones Animadas, Advanced Music o Night Sun Group, por ejemplo, responsables de promover fiestas y sesiones de club, así como de

contratar a DJs y bandas. También son muchas las salas que dedican sus sesiones a las nuevas tendencias y sonidos, destacando clubs como el antecitado Nitsa / Apolo, Moog y Dot, ambos con recomendables programaciones diarias; Moviedisco, Picasso o Walden, por citar algunos nombres de vital importancia dentro del área barcelonesa, que se han arriesgado a apostar por la cultura de clubs, junto a aventuras como Sporting Club o Touché, dos colectivos de DJs itinerantes. También los grandes festivales nacionales tipo Doctor Music. Benicàssim o Festimad se han lanzado a programar sus secciones dance, dato que nos puede ofrecer una visión de la magnitud real que están tomando las cosas en la península. Por último, no deberíamos olvidar lo que es la base de todo este engranaje, el combustible que pone en marcha toda la maquinaria: los DJs que, sumados a un imprescindible núcleo de público, son los que realmente animan el cotarro. Contamos, aquí y ahora, con un nutrido contingente de nombres entre DJs y músicos, que sin poder considerarse estrellas del mundo del espectáculo- como ocurre en otros países- están en boca de todo "club kid" que se precie. En definitiva, hablamos de un fenómeno que surgió del entusiasmo de unos pocos y que ha terminado transformándose en una microdisneylandia del techno, en un minisupermercado del hedonismo, en un gigante con pies de barro que corre el peligro constante de desmoronarse, pero que se sostiene gracias a ese entusiasmo inicial aún latente y a los cada vez mayores intereses económicos, lícitos y no tan lícitos, que inevitablemente inyectan una liquidez necesaria para que todo esto funcione.

*\*co-editor de la revista Disco 2000, alter ego de DJ Kosmos y miembro de Vanguard*